

das por la perversidad y malicia de los hombres y por la corrupcion universal de las costumbres. Añadióse á esto que en un dia de triste y de llorosa memoria, el más lloroso y el más triste de cuantos iban corridos desde la creacion, un pueblo ciego é insensato, como si estuviera tomado del vino, se levantó, descompuesto su rostro con el frenesí de la cólera, tomó á su Dios con su mano y le hizo asunto de sus ludibrios, y acumuló sobre él todas sus afrentas, y cargó sus mansísimos hombros con todas las ignominias; y le puso en lo alto, y le dió muerte de cruz en medio de dos ladrones. Entónces tambien se vió rebosar la copa de los divinos enojos, y el sol retrajo sus rayos, y el velo del templo dió un temeroso crujido, y se abrieron grietas en las rocas, y la tierra toda padeció desmayos y temblores.

Otros y otros ejemplos pudieran traerse aquí en confirmacion de las misteriosas armonías que se observan entre las perturbaciones físicas y las morales, y en abono de la universal tradicion que en todas partes las consigna y las proclama; pero la sobriedad que nos hemos propuesto, por una parte, y por otra, la grandeza de los que dejamos consignados, nos inclina á dar por terminado este asunto.

CAPITULO VI.

DE LA PREVARICACION ANGÉLICA Y LA HUMANA GRANDEZA Y ENORMIDAD DEL PECADO.

Hasta aquí he expuesto la teoría católica acerca del mal, hijo del pecado, y acerca del pecado, que nos vino de la libertad humana, la cual se mueve anchamente en sus limitadas esferas, á la vista y con el consentimiento de aquel soberano Señor que, haciéndolo todo con peso, número y medida, dispuso las cosas con un consejo tan alto, que ni su providencia oprimiese el libre albedrío del hombre, ni los estragos de este libre albedrío, siendo grandes y portentosos como son, lo fueran con menoscabo de su gloria. Antes, empero, de pasar adelante, me ha parecido cosa digna de la majestad de este asunto, hacer aquí una relacion seguida de aquella prodigiosa tragedia que comenzó en el cielo y acabó en el paraiso, dejando á un lado los reparos y las objeciones que quedaron desvanecidas en otro lugar, y que de ninguna otra cosa servirian sino de oscurecer la belleza, á un mismo tiempo sencilla é imponente, de esta lamentable historia. Antes vimos de qué manera la teoría católica se aventaja á las demás por la altísima conveniencia de todas

sus soluciones; ahora veremos de qué manera los hechos en que se funda, considerados en sí mismos, aventajan á todas las historias primitivas, por lo que tienen de grandes y de dramáticos. Antes sacamos su belleza por comparaciones y deducciones; ahora admiraremos en ellos mismos, sin apartar los ojos á otros objetos, su incomparable belleza.

Antes que el hombre, y en tiempos sustraídos á las investigaciones humanas, habia criado Dios á los ángeles, criaturas felicísimas y perfectísimas, á quienes fué dado mirar de hito en hito los clarísimos resplandores de su faz, anegados en un piélago de inenarrables deleites, y sumergidos perpétuamente en su perpétuo acatamiento. Eran los ángeles espíritus puros, y las excelencias de su naturaleza mayores que las de la naturaleza del hombre, compuesto de un alma inmortal y del barro de la tierra. Por su naturaleza simplicísima dábase el ángel la mano con Dios, mientras que por su inteligencia, por su libertad y por su sabiduría limitada, habia sido hecho para darse la mano con el hombre; así como el hombre, por lo que tuvo de espiritual, estuvo en comercio con el ángel, y por lo que tuvo de corporal, con la naturaleza física, puesta toda al servicio de su voluntad y en la obediencia de su palabra. Y todas las criaturas nacieron con la inclinacion y la potestad de trasformarse y subir por la escala inmensa que, comenzando en los séres más bajos, iba á acabar en aquel Sér altísimo que es sobre todo sér, y á quien los cielos y la tierra, los hombres y los ángeles conocen con un nombre que es sobre todo nombre. La naturaleza física anhelaba por subir, hasta espiritualizarse, en cierta manera, á semejanza del hombre; y el hombre hasta espiritualizarse más á semejanza del ángel; y el ángel á asemejarse más á aquel sér perfectísimo, fuente de toda vida, criador de toda criatura, cuya alteza ninguna medida mide, y cuya inmensidad ningun cerco comprende. Todo habia nacido de Dios, y subiendo debia volver á Dios, que era

su principio y su origen: y porque todo habia nacido de él y habia de volver á él, no habia nada que no contuviese en sí una centella más ó ménos resplandeciente de su hermosura.

De esta manera la variedad infinita estaba reducida de suyo á aquella amplísima unidad que crió todas las cosas, que puso en ellas un concierto pasmoso y una trabazon admirable, apartando todas las que estaban confusas y recogiendo las que estaban derramadas. Por donde se ve que el acto de la creacion fué complejo y que se compuso de dos actos diferentes; conviene á saber: de aquel por medio del cual dió Dios la existencia á lo que antes no la tenia; y de aquel otro por medio del cual ordenó todo aquello á que habia dado la existencia. Con el primero de estos actos reveló su potestad de crear todas las sustancias que sustentan todas las formas; con el segundo, la que tenia de crear todas las formas que embellecen á todas las sustancias. Y de la misma manera que no hay otras sustancias fuera de las creadas por Dios, no hay tampoco otra belleza fuera de la que él puso en las cosas. Por eso el universo, que es la palabra con que se significa todo lo criado por Dios, es el conjunto de todas las sustancias; y el orden, que es la palabra con que se significa la forma que Dios puso en las cosas, es el conjunto de todas las bellezas. Fuera de Dios no hay criador; fuera del orden no hay belleza; fuera del universo no hay criatura.

Si en el orden establecido por Dios en el principio consiste toda belleza; y si la belleza, la justicia y la bondad son una misma cosa mirada por aspectos diferentes, síguese de aquí, que fuera del orden establecido por Dios no hay bondad, ni belleza, ni justicia; y como estas tres cosas constituyen el supremo bien, el orden que á todas las contiene es el bien supremo.

No habiendo ninguna especie de bien fuera del orden, no

hay nada fuera del orden que no sea un mal, ni mal ninguno que no consista en ponerse fuera del orden; por esta razón, así como el orden es el bien supremo, el desorden es el mal por excelencia; fuera del desorden no hay ningún mal, como fuera del orden no hay bien ninguno.

De lo dicho se infiere que el orden, ó lo que es lo mismo, el bien supremo, consiste en que todas las cosas conserven aquella trabazon que Dios puso en ellas cuando las sacó de la nada; y que el desorden, ó lo que es lo mismo, el mal por excelencia, consiste en romper aquella admirable trabazon y aquel sublime concierto.

No pudiendo ser rota aquella trabazon, ni este concierto quebrantado sino por quien tenga una voluntad y un poder, hasta cierto punto y en la manera que esto es posible, independientes de la voluntad de Dios, ninguna criatura fué poderosa para tanto, sino los ángeles y los hombres; únicas entre todas hechas á imágen y semejanza de su Hacedor, es decir, inteligentes y libres. De donde se sigue que sólo los ángeles y los hombres pudieron ser causadores del desorden, ó lo que es lo mismo, del mal por excelencia.

Los ángeles y los hombres no pudieron alterar el orden del universo sino rebelándose contra su Hacedor; de donde se infiere que para explicar el mal y el desorden, es necesario suponer la existencia de ángeles y de hombres rebeldes.

Siendo toda desobediencia y toda rebeldía contra Dios lo que se llama un pecado, y siendo todo pecado una rebeldía y una desobediencia, síguese de aquí que ni puede concebirse el desorden en la creacion, ni el mal en el mundo, sin suponer la existencia del pecado.

Si el pecado no es otra cosa sino la desobediencia y la rebeldía, ni la desobediencia ni la rebeldía sino el desorden, ni el desorden sino el mal, síguese de aquí, que el mal, el desorden, la rebeldía, la desobediencia y el pecado, son cosas

en que la razón encuentra una identidad absoluta; así como el bien, el orden, la sumision y la obediencia, son cosas en que encuentra la razón una completa semejanza. De donde se viene á concluir que la sumision á la voluntad divina es el bien sumo, y el pecado el mal por excelencia.

Cuando todas las criaturas angélicas estaban obedientes á la voz de su Hacedor, mirándose en su rostro, anegándose en sus resplandores y moviéndose sin tropiezo y con una concertada armonía al compás de su palabra, sucedió que entre los ángeles el más hermoso (1) apartó los ojos de su Dios

(1) El Sr. Donoso adopta la opinion comun, y que Santo Tomás tiene como la más probable, segun se vé por el siguiente pasaje de la *Summa*. (I, q. LXIII. 7):

«El primer ángel que pecó, dice San Gregorio (*Homil. III in Evangelia, de centum ovibus*) como capitán que era de todas las milicias angélicas, sobrepujaba la medida de la luz que estos tenían, y era el más luminoso de todos. En el pecado hay que considerar dos cosas: la tendencia y el motivo. Si consideramos la tendencia al pecado, parece que los ángeles inferiores debieron pecar antes que los superiores. Por eso dice San Juan Damasceno (lib. II, cap. IV.): «El más grande entre los que pecaron, era el gobernador inmediato de las cosas terrestres; opinion que parece conforme á la de los platónicos, citada por San Agustín *Ciudad de Dios*, VIII y X), y segun la cual todos los dioses son buenos, pero entre los demonios, unos son buenos, y otros malos. Aquí se llaman dioses á las sustancias intelectuales que residen por cima de nuestro sistema planetario, y demonios á las sustancias intelectuales que habitan nuestras regiones sublunares, aunque son de naturaleza superiores á la del hombre. Esta opinion no hay motivo para tenerla por contraria á la fé; pues gobernando Dios toda la creacion corporal por medio de los ángeles, segun San Agustín lo enseña (*De Trinitate*, II, 4), nada nos impide creer que por divina ordenacion, á los ángeles inferiores fué encomendado el gobierno de los cuerpos inferiores; á los ángeles superiores el de los cuerpos superiores, y á los primeros de todos el servicio de Dios. Siguiendo esta opinion, dice San Juan Damasceno que los ángeles que pecaron, pertenecian al orden inferior, si bien no todos los de este orden pecaron, pues algunos permanecieron fieles.

«Si consideramos ahora el motivo del pecado, veremos que este motivo tenia mayor fuerza en los ángeles superiores que en los inferiores. El pecado de los demonios fué la soberbia segun dejamos demostrado; pero el motivo de la so-

para ponerlos en sí mismo, quedando como arrebatado en su propia adoracion, y como extático en presencia de su hermosura. Considerándose como subsistente por sí y como el último fin de sí propio, quebrantó aquella ley universal é inviolable, segun la cual lo que es diverso tiene su fin y su principio en lo que es uno, que comprendiéndolo todo y no siendo comprendido por nada, es el continente universal de todas las cosas, así como es el potentísimo Criador de todas las criaturas.

Aquella rebeldía del ángel fué el primer desorden, el primer mal y el primer pecado, raiz de todos los pecados, de todos los males y de todos los desórdenes que habian de venir sobre la creacion, y en particular sobre el humano linaje en los tiempos subsiguientes.

Porque como el ángel caído, sin hermosura ya y sin luz, viese al hombre y á la mujer en el paraiso, tan limpios, resplandecientes y hermosos con los resplandores de la gracia, sintiendo en sí honda tristeza por el ageno bien, formó el propósito de arrastrarlos en su condenacion, ya que no le era dado igualarse con ellos en su gloria; y tomando la figura de la serpiente, que en adelante habia de ser símbolo del

»berbia es la excelencia de la naturaleza, la cual es mayor en los ángeles superiores, y aún por esto, San Gregorio dice que el primer ángel que pecó fué el más encumbrado de todos. Esto parece lo más probable, pues el pecado del ángel procedia del libre albedrío, y no de inclinacion alguna al pecado; luego en esta cuestion han de tener más fuerza las razones que se refieren al motivo, que las relativas á la inclinacion al mal. No es concluyente, sin embargo, esta doctrina contra la otra opinion, porque el motivo del pecado puede tambien tener alguna fuerza, con respecto al príncipe de los ángeles inferiores.»

La mayor parte de los Santos Padres, siguiendo á San Gregorio, enseñan que el jefe de los ángeles rebeldes fué el más grande y el primero de entre ellos: y esta opinion parece tambien la más conforme á los pasajes de Isaías (XIV, 12), y Ezequiel (XXVIII y 12 y siguientes, XXXI, 7 y siguientes), pasajes que los intérpretes aplican al príncipe de los demonios, aunque tambien puedan, en rigor, aplicarse al jefe de los ángeles inferiores.

engaño y de la astucia, horror de la naturaleza humana y asunto de la cólera divina, entró por las puertas del paraiso terrenal, y deslizándose por sus yerbas frescas y olorosas, circundó á la mujer con aquellas sutilísimas redes en que cayó su inocencia con pérdida de su ventura.

Nada hay que iguale á la sublime sencillez con que resplandece la relacion mosaíca de esta solemne tragedia, cuyo teatro era el paraiso terrenal, cuyo testigo era Dios, cuyos actores eran, por una parte el Rey y Señor de los abismos, por otra los reyes y señores de la tierra; cuya víctima habia de ser el género humano, y cuyo desenlace triste y lloroso habian de lamentar la tierra en sus movimientos, los cielos en sus cursos, los ángeles en sus tronos, y los desventurados hijos de aquellos padres desventurados en estos nuestros valles sin luz, con perpétuas lamentaciones.

—«¿Por qué os ha prohibido Dios comer el fruto de todos los árboles del paraiso?»—De esta manera comenzó su plática la serpiente; y luego al punto sintió la mujer despertarse en su corazon aquella vana curiosidad, causa primera de su culpa. Desde este momento su entendimiento y su voluntad, acometidos no sé de qué desmayo suave, comenzaron á apartarse de la voluntad de Dios y del entendimiento divino.

—«El dia en que de ese fruto comais se abrirán vuestros ojos, y sereis, á manera de dioses, conocedores del bien y del mal.»—Bajo la influencia maléfica de esa palabra sintió la mujer en su corazon los primeros vértigos del orgullo; poniendo los ojos en sí con complacencia, la faz de Dios se le veló en aquel punto.

Orgullosa y vana puso los ojos en el árbol de las ilusiones infernales y de las amenazas divinas, y vió que era hermoso á la vista, y adivinó que habia de ser sabroso al paladar, y sintió abrasarse sus sentidos con el hasta entonces desconocido incendio de corrosivos deleites; y la curiosidad de los ojos, y el deleite de la carne, y el orgullo del espíri-

tu, juntos en uno, acabaron con la inocencia de la primera mujer, y luego con la inocencia del primer hombre; y las esperanzas atesoradas para su descendencia se tornaron en humo desvanecido en el ambiente.

Y luego se conturbó el universo todo cuan grande es; y el desórden, comenzado en lo más alto de la escala de los séres creados, fué comunicándose de unos en otros, hasta no dejar ninguna cosa en el lugar y punto en que habia sido puesta por su Hacedor soberano. Aquel anhelo ingénito en toda criatura por subir y remontarse hasta el trono de Dios, se trocó en anhelo por bajar hasta no sé qué abismo sin nombre; como quiera que apartar los ojos de Dios, era como buscar la muerte y despedirse de la vida.

Por mucho que ahonde el hombre en el abismo sin fin de la sabiduría; por alto que se remonte en la investigacion de los más recónditos misterios, ni se remontará tanto, ni ahondará tanto, que sea poderoso para rodear con sus ojos el grande estrago de aquella primera culpa, en la que todas las siguientes estaban encerradas como en su fertilísima semilla.

No: no puede el hombre, no puede el pecador, ni concebir siquiera la grandeza y la fealdad del pecado. Para entender cuán grande es y cuán terrible y cuán henchido está de desastres, era menester dejar de considerarle bajo el punto de vista humano, para considerarle bajo el punto de vista divino; como quiera que siendo la Divinidad el bien, y el pecado el mal por excelencia; siendo la Divinidad el órden, y el pecado el desórden; siendo la Divinidad una afirmacion completa, y el pecado una negacion absoluta; siendo la Divinidad la plenitud de la existencia, y el pecado su absoluto desfallecimiento; entre la Divinidad y el pecado, así como entre la afirmacion y la negacion, y entre el órden y el desórden, y entre el bien y el mal, y entre el sér y el no sér, hay una distancia inconmensurable, una contradiccion invencible, una repugnancia infinita.

Ninguna catástrofe es poderosa para poner turbacion en la Divinidad, ni para alterar la quietud inefable de su rostro. Vino el diluvio universal sobre las gentes, y vió Dios la tremenda inundacion, considerada en sí misma y separada de su causa, con sereno semblante: porque sus ángeles eran los que, obedientes á su mandato, abrian las cataratas del cielo, y porque su voz era la que mandaba á las aguas que encumbraran los montes y que rodearan todo el orbe de la tierra. Vienen de los puntos del horizonte nublados que se juntan como un negro promontorio; y el rostro de Dios está tranquilo, porque su voluntad es la que hace los nublados, su voz es la que los llama, y ellos vienen; la que les manda que se junten, y ellos se juntan; él es el que envia los vientos que los han de llevar sobre alguna ciudad pecadora, y el que si así cumple á sus designios, prende y ata las aguas, y detiene el rayo en la nube, y con delgado soplo la va desvaneciendo por los aires. Sus ojos han visto levantarse y caer todos los imperios; sus oidos han escuchado las plegarias de naciones asoladas por el hierro de la conquista, por el azote de la peste, por la servidumbre y por el hambre; y su rostro ha permanecido sereno é impassible, porque él es el que hace y deshace como vanos juguetes los imperios del mundo; él es el que pone el hierro en la diestra de los conquistadores; él es el que envia los tiranos á los pueblos culpables, y el que oprime á las naciones descreidas con el hambre y con la peste, cuando así cumple á su justicia soberana.

Hay un lugar pavoroso, asunto de todos los horrores y de todos los espantos y de todos los tormentos, en donde hay sed insaciable sin ninguna fuente, hambre perpétua sin género de hartura; en donde los ojos no ven nunca ningun rayo de luz, ni los oidos oyen ningun sonido apacible; en donde todo es agitacion sin reposo, llanto sin intermision, pesar sin consuelo. Todas son allí puertas de entrada, ninguna de salida. En su dintel muere la esperanza, y se inmortaliza la memo-

ria. Los términos de ese lugar Dios solo los conoce; la duración de esos tormentos es de una sola hora, que nunca se acaba. Pues bien, ese lugar maldito, con sus tormentos sin nombre, no alteró el semblante de Dios, porque él mismo le puso en donde está, con su mano omnipotente. Dios hizo el infierno para los réprobos, como la tierra para los hombres, y el cielo para los ángeles y para los santos. El infierno denuncia su justicia, como la tierra su bondad, y el cielo su misericordia. Las guerras, las inundaciones, las pestes, las conquistas, las hambres, el infierno mismo son un bien; como quiera que todas estas cosas se ordenan convenientemente entre sí con relacion al fin último de la creacion, y que todas ellas sirven de provechosos instrumentos de la justicia divina.

Y porque todas son un bien, y porque han sido hechas por el autor de todo bien, ninguna de ellas puede alterar ni altera la inenarrable quietud y el inefable reposo del Hacedor de las cosas. Nada le pone horror sino lo que él no ha hecho; y como ha hecho todo lo que existe, nada le pone horror sino la negacion de lo que él ha hecho; por eso le pone horror el desórden, que es la negacion del órden que él puso en las cosas, y la desobediencia, que es la negacion de la obediencia que se le debe. Esa desobediencia, ese desórden, son el supremo mal; como quiera que son la negacion del supremo bien, en lo cual consiste el mal supremo. Pero la desobediencia y el desórden no son otra cosa sino el pecado; de donde se sigue que el pecado, negacion absoluta por parte del hombre, de la afirmacion absoluta por parte de Dios, es el mal por excelencia, y el único que pone horror á Dios y á sus ángeles.

El pecado vistió al cielo de lutos, al infierno de llamas y á la tierra de abrojos. El fué el que trajo la enfermedad y la peste, el hambre y la muerte sobre el mundo. Él el que cavó el sepulcro de las ciudades más inclitas y llenas de gente.

Él presidió á los funerales de Babilonia la de los ostentosos jardines, de Nínive la excelsa, de Persépolis la hija del Sol, de Menfis la de los hondos misterios, de Sodoma la impúdica, de Atenas la cómica, de Jerusalem la ingrata, de Roma la grande; porque aunque Dios quiso todas estas cosas, no las quiso sino como castigo y remedio del pecado. El pecado saca todos los gemidos que salen de todos los pechos humanos, y todas las lágrimas que caen gota á gota de todos los ojos de los hombres: y lo que es más todavía, y lo que ningun entendimiento puede concebir ni ningun vocablo expresar, él ha sacado lágrimas de los sacratísimos ojos del Hijo de Dios, mansísimo Cordero que subió á la cruz cargado con los pecados del mundo. Ni los cielos, ni la tierra, ni los hombres le vieron reír, y los hombres y la tierra y los cielos le vieron llorar, y lloraba porque tenia puestos sus ojos en el pecado. Lloró sobre el sepulcro de Lázaro, y en la muerte de su amigo nada lloró sino la muerte del alma pecadora. Lloró sobre Jerusalem, y la causa de su llanto era el pecado abominable del pueblo deicida. Sintió tristeza y turbacion al poner los pies en el Huerto, y el horror del pecado era el que ponía en él aquella turbacion insólita y aquel paño de tristeza. Su frente sudó sangre, y el espectro del pecado era el que hacia brotar en su frente aquellos extraños sudores. Fué enclavado en un madero, y el pecado le enclavó: el pecado le puso en agonía, y el pecado le dió muerte.